

## EVOCACION DEL REY SAN FERNANDO Y DEL PRESIDENTE GARCIA MORENO

*Discurso en la cena del día de San Fernando, en Madrid, 30 de mayo  
de 1975.*

POR

ENRIQUE MENDOZA DELGADO

Fue para mí una grata sorpresa cuando me pidieron que les dirigiera algunas palabras en esta ocasión tan señalada como lo es la fiesta de San Fernando, patrón de los amigos españoles de la Ciudad Católica.

Pensaba qué es lo que podría decirles que no conocieran ustedes acerca de la egregia figura del Rey Castellano; perdida para los Hispanoamericanos en las coordenadas del tiempo y el espacio, y con la cual, sin embargo, nos sentimos estrechamente ligados en esa apretada trama de hechos, gestas, angustias y victorias que constituyen la Historia de la Cristiandad, y particularmente, de la Hispanidad.

San Fernando es para nosotros figura que salta de lo circunstancial para insertarse de lleno en lo *trascendente*, proyectando su ser y su hacer a horizontes mucho más dilatados y luminosos que los de los Reinos de León y Castilla en el siglo XIII; pues el monarca muerto hace 723 años, ocupa entre la legión de los Santos un lugar preeminente en el poco frecuente y cada vez más olvidado sitio de los gobernantes santos.

San Fernando es el patrón de todos los que queremos la instauración del *Reinado Social de Cristo*, esto es, en la familia, en las leyes, en las Instituciones. Y por eso su figura nos une en *comunidad de Ideales* a los Hispanoamericanos de ambos lados del Atlántico que constituimos la Hispanidad.

Por eso hoy, al tomar la palabra, nos sentimos embargados de emoción, y pienso que sentimos el mismo Ideal, de la manera que lo

sintió y lo vivió hace 50 años en Santander, en los albores de su fecunda carrera en defensa del Derecho Público Cristiano, nuestro querido maestro, a quien hoy rindo el sencillo pero sincero homenaje de mi admiración y respeto, don Eugenio Vegas Latapié. En aquel entonces organizaba solemnes actos conmemorativos de la muerte del intrépido campeón del Derecho Natural y Cristiano de aquel lado del mar: Gabriel García Moreno, presidente del Ecuador, y de quien en este año celebramos el centenario de su holocausto.

Cómo la vida del político ecuatoriano es la realización del mismo Ideal que moviera a San Fernando, es un hecho que no puede escapar a nuestra atención, y menos en este centenario. Son muchísimas las *semejanzas* que podríamos encontrar en la vida de estos dos políticos católicos, variando muchos otros según variaron las circunstancias, pero permaneciendo como constantes una serie de características, tanto en su *vida privada* como en su vida pública.

Ambos recibieron la semilla de *la Fe por la obra de su madre*. En San Fernando dio fruto inmediatamente, de ahí que haya alcanzado ese grado de virtud que constituye la Santidad. En García Moreno, ésta tuvo que soportar los vendavales de una tempestuosa juventud, agitada y pródiga en actividad; pero finalmente germinó hasta la forma augusta del martirio.

En el fundamento de su personalidad tuvieron un *carácter firme*, templado en la fragua de la *mortificación* y del sacrificio; en una juventud vivida virilmente, lejos de placeres cortesanos y siempre cercana al peligro y al desafío.

Tanto García Moreno como San Fernando supieron tener ojos para ver en la *política*, no sólo el medio y principio para establecer un orden político ajustado en todo al Derecho Natural en beneficio de su Patria, y por ende de toda la Cristiandad. Sino también el *camino* personal de servicio y expiación, de sometimiento a la Voluntad Divina, de camino para alcanzar la *Santidad*. No es lo que faltan a la Civilización Cristiana hoy, políticos a secas, sino políticos Santos que imiten a estos.

La *tenacidad* fue virtud común; el largo tiempo que hubo que esperar para tomar Sevilla es igual al que se necesitó para contrarrestar

la inspiración liberal de las instituciones ecuatorianas; pero su constancia venció contra todo pronóstico.

Su acción, alimentada siempre en el Pan de los Fuertes. Ambos morirían tras haberlo recibido y después de muchos años de constante compañía.

En su vida pública, supieron como fieles *hijos de la Iglesia*, darle el lugar que su misión sobrenatural exige. Las catedrales de Toledo y Burgos o las iglesias de Guayaquil y Quito, no fueron producto sino del deseo de reconocer un Orden, surgido de la voluntad de Dios y al cual los hombres se sujetan para ser auténticamente libres.

Sus Estados fueron Estados confesionales, y en esto demostraron más ciencia que muchos teólogos y canonistas advenedizos que pululan ahora en nuestra Sociedad negando los mismos derechos de Dios.

Y así como se preocuparon por la salud espiritual de sus pueblos, también lo hicieron de su *educación*, pues comprendieron que sobre las exigencias materiales los pueblos saben también vivir de los más altos valores.

Gobernantes sabios, conocedores y amantes del mundo científico de su época, nos dejaron instituciones que aún perduran. San Fernando, la Universidad de Salamanca; García Moreno, los Institutos Superiores y la Reforma de la educación, confiada a los entonces perseguidos pp. jesuítas. Intuyeron que para el buen gobernante, toda ciencia ayuda a su tarea; en tanto que para el malo, conspira contra él.

Nuestros dos personajes supieron de *luchas y batallas* en muchas ocasiones. Empuñar las armas contra el enemigo es un Honor y la primera obligación del gobernante. Proteger a la comunidad, reprimiendo a los enemigos de ella, lo que nace del amor por la verdad y la justicia. Ninguno de los dos suscribiría jamás una declaración de condena a la violencia venga de donde venga. Ser es defenderse, que diría Maeztu; ser es muchas veces defenderse, que dijera don Gabriel de Armas, y ser es atacar, que nos dijera en el último Congreso de Ciudad Católica el llorado profesor Michelle Federico Scciata.

De tal manera sintieron el Ideal de la santidad en la política, que no sólo su vida está plena de coincidencias, sino que la coronación de su esfuerzo, la torre que remata su obra, *su muerte*, tiene el mismo sello.

San Fernando vestido de tosco sayal, con una soga atada al cuello en señal de penitencia, recibe la Eucaristía; quienes le rodean escuchan su último pensamiento "Desnudo nací y desnudo he de volver al seno de la tierra" García Moreno, apaleado, caído a los golpes de machete de la masonería al salir de comulgar, traza en el suelo una cruz con su propia sangre y exclama ¡Dios no muere!

He aquí su grandeza: la fidelidad a su Fe y a los suyos; por eso su figura *siempre será actual*, con el brillo de una vida alegre, entusiasta, y capaz de despertar el más encendido entusiasmo lo mismo en la juventud que en la madurez.

Ellos hicieron lo que debían hacer, Dios no les negó el fruto de su trabajo y les ayudó con su gracia; por eso ahora los recordamos. En momentos en los que parece que el *consancio y la desesperanza* empiezan a doblar a los que hasta ahora han llevado sobre sus hombros lucha tan desigual y han corrido con la antorcha. Animo, parecen decirnos los jóvenes; problemas ciertamente nos sobran, sólo nos resta trabajar en confianza y alegría, sabiendo que si el momento actual es como un enorme desierto en el que los hombres no son sino sombras, debajo de la tierra, sin ruido, constante, fresca, fluye la corriente vivificante. La sangre de muchos de los nuestros es tanta, que aún da frutos, la obra del catolicismo ha sellado la esencia de los pueblos de la Hispanidad, hay muchas fuerzas, hay muchos vigos dispersos, hay muchas *energías enterradas* esperando al minero que las saque nuevamente a la Luz. No podemos olvidar el pensamiento de Rubén Darío: ¡Vive la América Hispana, hay mil cachorros sueltos del León Español! Si no por los nuestros, por los méritos de nuestros muertos viviremos. Nuestra acción hoy requiere su dosis de *entusiasmo*, nacido no del autoengaño del iluso o del miope, sino del conocimiento de la verdad de las cosas entendida, practicada, contemplada y transmitida.

San Fernando y García Moreno nos recuerdan, que la *confianza* no sólo se funda en Dios, sino también *en nuestra propia acción*.

Ya para terminar, quisiera hacerlo con el *apitafio* de la tumba de San Fernando, escrito por anónimo autor que en el mismo nos ha dejado una serie de ideas, que para su mente y la de sus contemporáneos resultaban claramente ordenadas y vívidas; a nuestra mentalidad

nos parece que nos las dio revueltas, como quien da una mano de baraja para que se ordene correctamente. Pienso yo que si habría que ordenar estas ideas, tratando de ir penetrando hacia el interior del alma de San Fernando, estas virtudes que le adornaron, seguirían un orden y encadenamiento parecido al siguiente:

“Aquí yace muy onrado Don Fernando, Señor de Castiella e de Toledo, de León, de Galicia, de Córdoba, de Sevilla e de Jaén.

El que conquistó toda España

El que más quebrantó e destruyó a todos sus enemigos

El que más alzó e onrró a todos sus amigos, e

El más leal, e

El más verdadero,

El más franco,

El más grande, e

El más sufrido, e

El más omildoso.

¿Por qué? preguntaríamos a nuestro anónimo artista, y seguramente nos daría la respuesta que también él mismo esculpió y que pues hablamos de un Santo, era perfectamente lógica:

“e el que más temió a Dios”.

Porque venció sobre sí mismo y sobre los enemigos de la Cristiandad, San Fernando es nuestro Patrón, porque San Fernando, más que ningún otro, es un Rey victorioso.